

Una uruguaya más (*)

Entrevista a una española que huyó de la guerra civil

Por Magdalena Millar 2ºB

Acaba de cumplir ochenta años de edad, y sesenta y nueve viviendo en el Uruguay. Silvia Artola Gorosábel es una señora de cabello gris que habla con un marcado acento español, gesticula mucho con sus manos y vive intercambiando sus pares de lentes. En la tranquilidad de su pequeño apartamento en Carrasco se dispone a evocar su infancia en España y el exilio de su familia debido a la Guerra Civil, en 1936. Sus ojos se ponen pensativos, frunce el ceño y dice: “La guerra fue horrible; si no escapábamos, moríamos...”.

Nació el mismo día que la Reina Isabel II de Inglaterra en la ciudad de Donosita, San Sebastián, en el norte de España. A pesar de haberse adaptado al Uruguay rápidamente, hay días en que siente nostalgia de Euskadi, el País Vasco, como es evidente cuando comienza a recordar su ciudad natal. “¡Ay! Era lindísimo. Solíamos andar en bicicleta por todos lados, con muchos amigos. Vivíamos frente al Río Urumea, en una casa muy grande que siempre estaba llena de gente”.

Son pocos sus recuerdos de esa decena de años en España. Un oscuro día de 1936 ella y su familia debieron tomar sus pertenencias más indispensables y marcharse del país. La Guerra Civil había estallado entre republicanos y nacionalistas, y su familia intentaba mantenerse neutral. Silvia cuenta que una vez los milicianos entraron a su casa buscando alguna señal de que los Artola estaban de parte del bando nacional para poder apresarlos. Recorrieron violentamente la casa entera y abrieron armarios, desparramaron el contenido de cajones y mientras tanto los pusieron a todos contra una pared amenazándolos con armas de fuego. “Fue un momento de absoluto horror. Yo tenía diez años y quedé aterrorizada. Veía una pistola que apuntaba a mis padres mientras que nos insultaban a mí y a mis hermanos... Un hombre nos ofrecía balas diciéndonos que eran caramelos. Fue una situación completamente atroz.” Hasta hoy agradece que su familia se salvó de milagro. Los republicanos nunca encontraron la bandera nacional que su tía guardaba doblada en lo alto de un armario.

Interrumpe su juego de palabras cruzadas para atender el teléfono. Habla con una de sus hermanas, y le hace un breve resumen de los últimos acontecimientos en la vida de sus nietas. Tiene tres, y todas la llaman “Amatxo”, que significa “abuela” en vasco. De sus cuatro hermanos solo quedan dos, Felisa y Catalina, de quienes se siente muy cercana, ya que las tres son viudas y comparten muchos aspectos de su vida. “Siempre fuimos muy unidos, sobre todo cuando llegamos a este país, porque estábamos solos y no teníamos conocidos aquí”, dice Silvia. Sus otros hermanos María y Fernando fallecieron hace algunos años, pero ambos dejaron una cantidad de hijos y nietos con los que mantiene mucho contacto.

No puede evitar una sonrisa nostálgica cuando le viene a la memoria un detalle de su huida de España. Recuerda que su madre sólo les había permitido llevarse un juguete a cada uno, porque no podían cargar con demasiado equipaje, y Silvia no podía decidirse entre sus dos muñecas preferidas. “Quería llevarme las dos a toda costa, eran únicas porque me las había regalado mi padre luego de un viaje. Mari me dijo que ella me llevaba una y que yo llevara la otra, y la pobre se quedó sin traer su propio juguete”.

¿Por qué esta familia eligió la República Oriental del Uruguay como su destino? No fue una casualidad, sino que ya había habido un Artola en suelo uruguayo.

El abuelo de Silvia, Don José Artola había venido en el siglo XIX y comprado tierras que luego administraba desde España. Esas tierras se ubicaban en lo que hoy es Artigas, San José y en la provincia argentina de Corrientes. “Fíjate que de todo ese montón de campos, hoy sólo queda en la familia el de Artigas”, dice Silvia. Y agrega: “En 1936 mis padres decidieron venir aquí porque teníamos esos campos para explotar, teníamos algo con lo que empezar a establecernos”.

No niega que fue difícil instalarse en un lugar desconocido, en el que los niños le decían que hablaba raro y donde ya no tenía a sus amigos de San Sebastián. Pero inmediatamente añade: “A pesar de que todo era nuevo, nos sentíamos seguros porque no veíamos signos de guerra. Ya no teníamos miedo”.

Sus padres murieron jóvenes, por lo tanto ella y sus hermanas mayores debieron ocuparse de Catalina y Fernando quien, aunque era apenas un adolescente, debía ir periódicamente en tren a Artigas a administrar la estancia.

A los dieciocho años conoció a Sydney, con quién compartió el resto de su vida hasta el año 2001, cuando él falleció a los ochenta y ocho años de edad. Sydney, un ingeniero de origen inglés y de temperamento también inglés, fue realmente el amor de su vida. “Me acuerdo especialmente del día que lo conocí, cuando un amigo me lo presentó en el club de tennis, y sobre todo la forma en que estaba vestido. No sé si en ese momento me atrajo, pero mi primer recuerdo de él es el saco escocés que tenía puesto ese día”, dice Silvia con trazas de emoción en la voz.

Si alguien le preguntara qué es lo que más añora de su pasado en España, ella contestaría sin dudar: “las personas”. Cuando la familia Artola tomó el barco hacia este rincón del mundo, dejaron atrás a muchos de sus seres queridos. Silvia dice que sus hermanas mayores mantuvieron el contacto con algunas amigas por carta y en viajes posteriores, ya de adulta, ella misma visitó a algunos amigos de la familia. “Es increíble lo que ha cambiado todo. San Sebastián sigue siendo hermosa pero no es mi ciudad, el lugar donde pasé parte de mi infancia. La mayoría de la gente ya no está, y todo se ha tornado moderno.”

Silvia vive tranquilamente en Montevideo, como una uruguayana más. Todas las mañanas va a misa y luego reparte comuniones a algunas personas que no pueden ir. Su medio de transporte es un fusca blanco que ha vivido mejores épocas y al que, a veces, debido a su edad, conduce un tanto peligrosamente. Pasa las tardes sumergida en palabras cruzadas, concentrada con sus agujas de tejer o atrapada por la novela brasilera de turno. “Nunca me arrepentí de vivir en este país - dice Silvia a la vez que se pone los lentes para ver de lejos -, aquí me pasaron las mejores cosas. Conocí a mi marido, me casé, tuve dos hijos y siempre viví bien y sin grandes sobresaltos. Aquí también fui feliz.” Se arrellana en el sofá, enciende la televisión y aumenta el volumen, sus oídos no son los mismos de antes. En la pantalla comienza la telenovela.

() Entrevista texto corrido. Se propuso la realización de una entrevista cuyo formato final fuera el texto corrido o la combinación de diálogos con narraciones. No se admitía la presentación de la entrevista bajo la forma de pregunta-respuesta*